

tras predicaba, arrebatado por el divino Espíritu, que le mostró las conciencias de sus oyentes, y lleno del celo de la gloria de Dios, dijo á todo el auditorio, que le escuchaba atento: "To-caría con el dedo á aquellos que entre vosotros están en pecado mortal.," Estas palabras, dichas con un tono de seguridad que sólo Dios podía comunicar, espantaron saludablemente al auditorio, y cada cual se aplicó á escudriñar con cuidado su conciencia, temiendo no fuera él de los aludidos, para irse á purificar cuanto antes en el baño espiritual de la penitencia. Esta gracia, como iremos viendo en el curso de su vida, se la concedió el Señor muchas veces, y para con muchas y muy distintas personas, con no poco provecho y satisfacción de éstas, así porque andaban más seguras en sus confesiones, como por la autoridad y peso que daban á sus palabras y consejos, pues sabían por propia experiencia las sobrenaturales ilustraciones que recibía del Señor.

Ávidos los fieles de las parroquias limítrofes á San Juan de Oló de oír predicar en ellas á un varón tan extraordinario, le invitaron á que fuera, á lo cual accedió gustoso el Siervo de Dios, con permiso de su Prelado. Entre otros pueblos tuvieron el gusto de oírle por entonces los habitantes de Santa María de Oló, de San Felú de Terrassola y de Horta, pues los curas de estas parroquias pertenecían todos á una misma alcaldía, nada hostil á nuestro Padre, y no era de temer que pusiera impedimento alguno. El fruto fué copioso, como siempre, y no quedó alma por convertir. Allá, como á fines de Noviembre y principios de Diciembre de 1842, predicaba un buen sacerdote la novena de almas en el pueblo de Avinyó, y estaba también invitado para hacer el panegírico de la inmaculada concepción de María; mas como llegase allí la fama del P. Claret, el párroco y los fieles de aquel lugar desearon que les predicara en este día; y como el predicador antes invitado cediese gustosísimo su puesto, el párroco, en nombre del pueblo, pasó atenta invitación al Siervo de Dios para que se dignase predicarles en tan solemne fiesta. Aceptó el P. Claret, como solía hacerlo siempre que no había estorbo, y á la noticia de que predicaba él acudió á la iglesia un concurso verdaderamente extraordinario.

Terminado el sermón, todos se deshacían en alabanzas de *Mosén Antón Claret* y porfiaban por confesarse con él. El pro-

vecho de los fieles fué muy grande y extraordinario, como el concurso.

Así pasaron aquellos meses, durante los cuales no podía presentarse á sembrar la semilla evangélica sino en los pueblos donde se interesaba á su favor la autoridad local, esperando con paciencia tiempos más tranquilos y bonancibles, que se iban ya acercando. Era infatigable cuando se trataba de la gloria de Dios y de la salvación de las almas; se trasladaba á pie de una parte á otra para ayudar á los párrocos vecinos, y el perfume de su doctrina y vida ejemplarísima fué tanto, que todavía lo perciben los ancianos que le habían conocido. La fama de su santidad era ya entonces general, y de ella dieron unánime testimonio los ancianos y venerables presbíteros de aquella comarca, P. Agustín Manubens, que vive aún en nuestra Congregación (1); D. Francisco Coma, párroco que fué por muchos años de San Juan de Oló, y D. Antonio Potellas, el cual llegó á expresarse en estos términos: "En nuestros días y en nuestro suelo catalán no ha habido sacerdote más ejemplar, ni de mejor reputación, ni de mayor celo que el Siervo de Dios D. Antonio María Claret.," Así se explica el sentimiento unánime de aquellos sus queridos aldeanos de San Juan de Oló cuando le vieron salir de su parroquia, y las muchas y tiernas lágrimas que arrancó de sus ojos la despedida de nuestro amable Padre.

5. La vuelta del Siervo de Dios á la ciudad de Vich se verificó, según nuestras noticias, en el mes de Febrero de 1843. Como los ejemplos de las personas santas influyen sobremodera en las costumbres de los cristianos, antes de dar comienzo al período formal de sus Misiones en Cataluña diremos aquí algo sobre su vida privada, no menos interesante que la pública, y causa de ésta y de los portentos que en ella los hombres admiraban, á más de que el retrato familiar que ahora intentamos hacer puede servir de dechado á los obreros evangélicos, y todas las personas hallarán en él algo que imitar y mucho en que loar á Dios, que tan grande se muestra en sus santos.

Todos los días hacía una hora de oración mental por la ma-

(1) Poco después de escritas estas palabras tuve la triste noticia de su fallecimiento en nuestro Colegio Noviciado de Cervera.

ñana luego de levantado, ó media á lo menos por la mañana y media por la tarde; mas no se crea que era sólo éste el tiempo que consagraba á la oración, porque fuera de estas horas ordinarias, hechas siempre con regularidad y fijeza, dedicaba muchos otros ratos entre día á tratar y comunicar con Dios, y no fueron pocas las veces que sus domésticos le sorprendieron de día y de noche en este santo ejercicio de la oración mental. Días hubo en que no bajaron de siete horas las que empleó en tan santa ocupación, sin menoscabo de las continuas tareas de su ministerio, porque ya se sabía que el tiempo principal para este ejercicio lo robaba al sueño, y ya veremos después cuán poco debía de ser lo que dormía por las declaraciones constantes y uniformes de los testigos de muchas y muy diversas partes donde estuvo el varón de Dios, ora como Misionero, ora cuando Arzobispo.

Celebraba la santa Misa con mucha gravedad y devoción, aunque sin ser demasiado moroso para no molestar al pueblo que la oía. Su pecho se inflamaba tanto en el divino amor cuando tenía á Jesús sacramentado, que aquel santo ardor le subía á veces al rostro y se traslucía en celestiales resplandores que varias personas tuvieron la dicha de contemplar. Entre otros casos referiré uno contado por persona muy autorizada y respetabilísima en todos conceptos, como fué el reverendo Padre Pablo Coma, sacerdote ya difunto, que perteneció en Barcelona á la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri. Las palabras con que lo declaró fueron éstas: "Siendo yo de unos quince años de edad entré en la iglesia parroquial de Santa Eugenia de Berga, diócesis de Vich, y observé en el altar del Rosario, antes de saber quién era el celebrante, un resplandor desusado. Acerquémeme, y reconocí al Sr. Claret con la faz transformada, y aquel resplandor extraño le acompañó hasta la sacristía al volver de celebrar. No recuerdo que hubiese fuera de mí otra persona en la iglesia. Acaeció esto cuando el Siervo de Dios daba Misiones en Cataluña (1). „ Después de dar gracias, práctica que no omitió jamás, se ponía en el confesonario, rezaba Horas menores, y si le quedaba tiempo

(1) Declaración del Rdo. P. Pablo Coma en el proceso informativo para la introducción de la Causa de beatificación del Siervo de Dios D. Antonio María Claret.

lo empleaba en el estudio. Antes del medio día hacía un poco de oración, como San Pedro, y el examen general y particular de la conciencia. Luego tomaba con templanza la comida, y suspendía el trabajo hasta las dos de la tarde, en que rezaba Visperas y Completas, y á la hora marcada por el directorio, Maitines y Laudes. Antes de rezar registraba el Breviario, y luego comenzaba el rezo delante de las imágenes de Jesús y de María. Lo restante de la tarde lo empleaba en el estudio y en los oficios del sagrado ministerio. Al anochecer visitaba al santísimo Sacramento y á María santísima, y tenía un rato de lectura espiritual sobre las virtudes religiosas por la excelente obra *Ejercicios de perfección*, del P. Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, tan conocida en España de las personas espirituales; pero en los sábados hacía esta lectura por las *Glorias de María*, obra admirablemente escrita por San Alfonso de Ligorio, aunque algunas veces se valía para esto del *Anuario de María*.

Traía por este tiempo el examen particular del medio día y de la noche sobre la virtud de la humildad, pues bien le era menester tenerla muy profunda y muy bien arraigada en el corazón para no contentarse vanamente con las alabanzas que le tributaban y con la opinión de santidad en que los pueblos le tenían. A las nueve rezaba el Rosario, tomaba una ligera cena y descansaba un ratito. Luego hacía el examen de conciencia y el ejercicio del cristiano, leía los puntos de la meditación del día siguiente y se retiraba á su cuarto.

Confesábase por lo menos una vez á la semana, con gran dolor y contrición de las más pequeñas faltas que en sí descubría, las cuales á sus ojos eran muy grandes, cuando á los del confesor apenas parecían faltas, sino antes muchas veces virtudes encubiertas con el manto de la humildad. Para los santos, que tanto aprecio hacen de la pureza del alma y que tan levantada idea tienen de la infinita santidad y pureza de Dios, no hay motita en el alma que se les oculte, ni sombra que no adviertan, cuando los que somos menos espirituales miramos en ello tan á bulto que no echamos de ver las muchas imperfecciones que hacemos en las mismas obras buenas. Los lunes, miércoles y viernes tomaba sangrientas disciplinas, y los martes, jueves y sábados se ponía el cilicio y la cadenilla, ó hacía alguna otra mortificación aconsejado por su confesor. Cada

día, en obsequio de Jesús y de la Virgen, se privaba en la comida del bocado más exquisito; cada mes hacía un día de retiro espiritual, y cada año los santos ejercicios.

Otras muchas mortificaciones hacía el Siervo de Dios que acaso se apuntarán más adelante; pero lo que no conviene pasar aquí por alto es la vista interior de su alma, tal cual se manifiesta en los propósitos que en este tiempo hizo, y que por fortuna se han podido conservar. Son nueve en número, á cual más sustanciosos, y por cierto que todos los cumplió maravillosamente. El primero se refiere á la presencia de Dios, que es la verdadera base para llevar siempre una vida concertada y para hacer bien todas las obras, y dice así: "Procuraré la presencia de Dios: todo lo haré por Él; si algo me diere pena, lo sufriré por su amor en remisión de mis pecados, pensando que tengo merecido el infierno, y que si estuviese allá, mayores penas tendría que sufrir (1)."

El segundo tiene por objeto la devoción á María, á la cual hace perfecta entrega de su corazón, pues conocía bien nuestro bienaventurado Padre que éste es un atajo muy breve para llegar á la perfección, y que si todas las gracias pasan por manos de María, era menester tenerla bien propicia por medio de una fiel y constante devoción para que estuviera siempre abierta para él la fuente de sus gracias, pues sólo con éstas son eficaces todos los demás medios que el hombre pone para alcanzar la perfección. Las palabras con que hizo á la Virgen entrega de sí mismo fueron éstas: "Me entrego del todo por hijo y sacerdote de María; por esto cada día le rezaré la corona de antifonas, *Gaude, Maria*, etc., *Dignare me*, etc.; Ella será mi Madre, Maestra y Directora; de Ella será lo que yo hiciere y sufriere en este ministerio, porque el fruto ha de ser de aquella que plantó el árbol."

El tercer propósito dice relación á las obras del ministerio sacerdotal y al desinterés con que ha de desempeñarlas, lo cual es ciertamente muy ventajoso para hacer con ellas fruto en los prójimos. Las palabras con que lo formuló fueron éstas: "Me ocuparé del todo en confesar, catequizar y predicar pública y privadamente, según la oportunidad. No quiero ni aceptaré estipendio alguno, porque me acordaré que es una

(1) Notas y propósitos del P. Claret en 1843.

gracia que he recibido de María: *et quod gratis accepistis, gratis date.*"

En el cuarto pone ante sus ojos el dechado de toda virtud y perfección para el cristiano, que es Jesucristo, y el capitán que le ha de guiar en las batallas y á quien ha de tener siempre á la vista para aprender de sus acciones el modo de vencer al enemigo. Dice así: "Jesús es y será mi Capitán: quiero seguirle vestido con la misma librea de las virtudes que Él vistió, á saber: de pobreza, desprecio y humildad."

En el quinto, sexto, séptimo y octavo trata particularmente del modo de esgrimir estas tres armas espirituales. Los dos primeros se refieren á la pobreza, y contienen lo más perfecto de ella. "No me quejaré, — dice, — antes me alegraré si me faltare lo necesario, y en cuanto estuviere de mi parte escogeré para mí lo más despreciable. Nunca iré á caballo, sino á pie; y si alguna vez me fuere preciso ir á caballo, lo haré del modo más humilde, á imitación de Jesucristo."

En lo que toca á los desprecios, no puede subirse á mayor perfección de la que nuestro Padre señala en el siguiente propósito, que, como veremos en el decurso de su vida, cumplió con la mayor puntualidad y exactitud: "Si me despreciaren y persiguieren, sufriré, callaré, me alegraré de esta dicha y rogaré por los perseguidores." Mas como todas las obras, por buenas y santas que parezcan, nada son delante de Dios si no van enderezadas á Él con purísima rectitud de intención, buscando, no nuestra gloria, sino la suya, en el propósito que sigue, donde especifica el modo de ejercitar la humildad, deja bien sentado este fin santísimo, que es la regla de las acciones verdaderamente virtuosas: "Todo lo que hiciere será únicamente por Dios y por María; así, pues, no me alabaré ni hablaré de mí mismo, ni de mis obras, ni de mi patria, parientes, estudios, etc. Si me alabaren, diré interiormente: *Non nobis, Domine*, etc. (Psalm. CXIII), y mudaré de conversación."

Por último, para granjear más y más méritos y dar más gloria á Dios propone una cosa en que no suelen parar muchas personas, por otro lado muy espirituales, y que, sin embargo, sirve en gran manera para adelantar en la perfección, y aun es necesaria para no volver atrás. Tal es el aprovechamiento del tiempo. Veán las almas piadosas si se sienten con fortaleza para hacer este propósito con que el Siervo de Dios

remata y corona dignamente la obra en los anteriores comenzada: "Propongo eficazmente no perder jamás un solo instante de tiempo, sino que lo emplearé en la oración, en el estudio y en obras de caridad para con mis prójimos vivos y difuntos."

Y luego, para mejor cumplir todos estos propósitos, añade una como sanción penal que le estimule á observarlos con mayor fidelidad. "Con la ayuda de Dios, — dice, — cumpliré estos propósitos, y por cada vez que en mi examen de conciencia hallare haber faltado rezaré un Avemaría con los dedos debajo de las rodillas. = *Antonio Claret*, presbítero. "

Otro menos santo que él, atendiendo principalmente á eso de los desprecios sufridos con alegría, de seguro que, á ser fiel en cumplir la penitencia, se hubiera magullado las manos con tanto tenerlas debajo de las rodillas, porque pocos santos habrá en la Iglesia que hayan sido tan calumniados y perseguidos en lo que más duele al amor propio como el P. Claret, y sin la santidad de este Siervo de Dios, por maravilla se hubieran resignado hasta llevar con alegría las atroces calumnias levantadas contra él, principalmente cuando fué confesor de la Reina, según podrá verse en su lugar.

Para que se vea más claramente la perfección á que llegó en este punto y el modo providencial con que se dispuso á lo que después tanta falta le haría, pondré aquí los seis grados de humildad en que propuso ejercitarse como materia de su examen particular. Estas resoluciones se hallan á continuación de los propósitos de que hemos hablado y llevan la misma fecha de ellos. "Examen particular de la virtud de la humildad. Grados de esta virtud: Primero: no hacer ni decir cosa de alabanza propia. Segundo: si fuere alabado, lo referiré todo á Dios, diciendo: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam* (Psalm. CXIII, 1); mudaré pronto de conversación y pensaré en los pecados de mi vida pasada (1). Tercero: propongo vestir y comer con pobreza y sencillez, y no

(1) No imagine por esto el piadoso lector que el P. Claret hubiera llevado en algún tiempo vida algún tanto licenciosa; pues según testimonio de sus confesores, es muy probable que no cometió en toda su vida pecado mortal. Las palabras del Siervo de Dios se refieren al breve tiempo en que cayó en la tibieza, estando de fabricante en Barcelona; mas se expresa en estos términos porque los pecados veniales son de suyo gravísimos como ofensas de Dios, y ninguno mejor que los santos conoce su gravedad y malicia.

quejarme ni del vestido ni de la comida. Cuarto: si fuere perseguido, despreciado, burlado, calumniado, etc., callaré, sufriré y me alegraré de tener ocasión de imitar á Jesucristo. Quinto: me ocuparé en los oficios más humildes y de más provecho para mi prójimo. Sexto: apartaré con toda prontitud los pensamientos de vanidad y de soberbia."

Por estos grados, como por otros tantos escalones, iba el Siervo de Dios subiendo á la más alta perfección; y al paso que iba negándose á sí mismo y aniquilando el amor propio, se llenaba de Dios y del celo de su gloria, desaparecía el espíritu humano, y en su lugar reinaba en él el espíritu del Señor, con el cual, á los ojos de los pueblos á quienes predicaba, más tenía semblanzas de ángel que de hombre, más de Misionero ó enviado de Dios que de orador ilustre; vano título que, por desgracia, ambicionan muchos ministros del Señor.

Entretanto, mientras el Varón de Dios con estas nuevas armas del cielo acababa de disponerse para entrar en lo más recio del combate contra las potestades del infierno, aquel Señor que rige con mano poderosa los acontecimientos, y trueca y resuelve á su voluntad los destinos de las naciones, facilitó al celoso Apóstol el camino haciendo caer al Gobierno de la Regencia, que tantas lágrimas había hecho derramar á la Iglesia española.

En las principales poblaciones de España se notaba un movimiento de reacción en favor del clero perseguido, y por todas partes los ánimos, cansados ya de luchar, anhelaban restablecer las relaciones interrumpidas con la Santa Sede, y que se estableciera y afanzara un Gobierno moderado que hiciera renacer el orden, la paz y la justicia. Olózaga, presidente del Ministerio de su nombre, aun después de haber sido proclamada anticipadamente mayor de edad Isabel II, luchaba en vano para conservar en el poder al partido progresista, y á pesar de su talento tribunicio y de su hábil táctica parlamentaria no pudo vencer la oposición de las Cortes. Como último recurso apeló á disolverlas; pero la Reina se negó á firmar el decreto, y á su pesar debió ceder el puesto al ministerio González Brabo, bajo el cual respiró algún tanto la Iglesia española, aunque se vió defraudada en la mayor parte de sus esperanzas; porque si bien es verdad que el Ministerio conservador levantó el destierro á los Obispos y dejó en alguna ma-

yor libertad á la Iglesia, pero en general no hizo sino asegurar las malhadadas conquistas de la revolución y legalizarlas, concediendo á los usurpadores pacífica posesión de los bienes usurpados á la Iglesia, en vez de restituirlos á sus legítimos dueños, como era su deber. Y aunque había algunos hombres de buena fe que tenían mejores intenciones y aspiraban á reintegrar á la Iglesia, fueron arrastrados por la mayoría, que ni siquiera pagaba con regularidad la mezquina asignación del clero, que no era sino una como sombra de indemnización por los inmensos bienes que se le habían arrebatado. Pero al fin aquel estado de cosas, comparado con el anterior, era más soportable, y muchos eclesiásticos se aprovecharon del restablecimiento del orden material para hacer reflorar en los pueblos la piedad y las buenas costumbres; pero quizá ninguno trabajó con tanto celo y alcanzó más felices resultados que nuestro Padre Fundador. En este tiempo comenzaron de un modo formal y no interrumpido sus numerosas Misiones, dadas en casi todos los pueblos de Cataluña y de Canarias; pero tan gloriosa empresa merece ser tratada en capítulo aparte, y por cierto sobra materia para él.



CAPÍTULO IX

EXCURSIONES APOSTÓLICAS DEL PADRE CLARET EN CATALUÑA Y EN CANARIAS (1843-1849)

1. Misiones y ejercicios dados en 1843: Igualada y Campdevánol.—Preciosa conquista hecha en Gombren.—La Misión de Roda.—2. Misiones en 1844: Manresa y Barcelona.—Profetiza en Santa María del Mar.—Curación maravillosa.—Carta consolatoria á un Obispo desterrado.—Misión de Olot.—Librada Ferrarons, ó sea la doncella extática.—Fruto extraordinario de esta Misión.—3. Misiones en 1845: Mataró.—Misión de Villanueva y Geltrú.—Atentan contra él mientras confesaba.—Misión de Bañolas.—4. Misiones en 1846: Valls.—Castigo milagroso y conversión de un joven que insultó al Siervo de Dios.—Misión de Tarragona.—Documento capitular acerca de ella.—Misión de Falset.—Curación de un niño ciego.—Fruto extraordinario que hizo en Lérida.—Luchas por oírle en la catedral de Vich.—Misión de Arenys de Mar.—5. Sus ocupaciones en 1847 y persecución que contra él se levantó en aquel año.—6. Cómo se trasladó á las Islas Canarias.—Trabajos apostólicos que llevó á cabo en ellas.—7. Vida admirable que hacía.—Anécdota curiosa.—8. Cómo el Señor le glorificó con algunas cosas maravillosas.—Descubre por revelación la curiosidad de una mujer y la de un criado.—Faroles milagrosos.—Cómo el Señor le manifestaba las conciencias de sus penitentes.—Predicciones del Siervo de Dios: cosecha de Moyá.—Castigo repentino.—Rebaños sin pastores guardados por la palabra del P. Claret.—El trigo milagroso.—Otras varias predicciones.—Varias curaciones milagrosas.

1. Para enumerar todos los lugares en donde el Siervo de Dios dió Misión en el tiempo relativamente breve de cinco años, poco más ó menos, sería menester copiar casi todos los pueblos, villas y ciudades de las cuatro provincias del Principado catalán y de las Islas Canarias (1), y aun así nuestra la-

(1) Por vía de nota apunto aquí algunos de los muchos pueblos en que el Siervo de Dios dió Misión, cuyos nombres entresacó cuidadosamente el reverendo P. Claret en sus Memorias. Entre otros que cita, se hallan éstos: Viladrau, Seva, Espinelves, Artés, Igualada, Santa Coloma de Queralt, Prats del Rey, Calaf, Calldetenas, Vallfogona, Vidrà, San Quirico, Montesquiu, Olots, Figueras, Bañolas, San Feliu de Guixols, Lloret, Calella, Malgrat, Arenys de Mar, Arenys de Munt, Mataró, Tayá, Masnou, Badalona, Barcelona, San Andrés, Granollers, Villanueva, Manresa, Sampedor, Sallent, Balsareny, Horta, Calders, Moyá, Vich, Gurb, Santa Eulalia, San Feliu, Estany, Oló, San Juan